

PEIRCE

Vida. Charles Sanders Peirce (1839 a 1914) nació en Cambridge, Massachusetts; era hijo de Benjamin Peirce, profesor de matemáticas y astronomía en Harvard, y asociado con los servicios geodésicos de los Estados Unidos. Estudió en Harvard, trabajó en los servicios geodésicos de 1861 a 1891, a la vez que se dedicaba al estudio de la filosofía; dio cursos de conferencias en Harvard, y también enseñó en Johns Hopkins; después de 1891 vivió casi siempre retirado en la pequeña ciudad de Milford, preparando grandes libros que nunca terminó, y en sus últimos años vivió en mal estado de salud y con pocos recursos, ayudado por algunos amigos, sobre todo William James,

con el cual comparte la fundación de las doctrinas pragmatistas.

Obras. Está en curso de publicación la gran edición conjunta de sus escritos: *The Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, al cuidado de Ch. Hartshorne y P. Weiss (1931 ss.). Se han publicado varias ediciones antológicas de interés: *Chance, Love and Logic*, por M. R. Cohen; *The Philosophy of Peirce*, por J. Buchler, etc. El texto inicial y básico del pragmatismo es su ensayo *How to make our ideas clear* (1878).

Sobre Peirce: J. FIERBANKS: *An Introduction to Peirce's Philosophy Interpreted as a System*; TH. GORDON: *The Thought of C. S. Peirce*; W. B. GALLIE: *Peirce and Pragmatism*; P. WHESTER y P. H. YOUNG (ed.): *Studies in the Philosophy of C. S. Peirce*.

Cómo tener ideas claras

Quienes hayan examinado un moderno tratado de lógica, del tipo corriente, recordarán sin duda la doble distinción de los conceptos en *claros y oscuros, distintos y confusos*; distinción que ha permanecido durante casi dos siglos sin contraste ni modificación, y que suele ser considerada por los lógicos como una de las joyas de su doctrina.

Una idea clara es definida como aquella aprehendida de tal modo que será reconocida dondequiera que se la halle, de forma que no puede confundirse con ninguna otra. Al faltarle esta claridad, se dice que es oscura.

He aquí una hermosa muestra de terminología filosófica; pero, puesto que se trata de definir la claridad, me gustaría que los lógicos la hubiesen hecho de un modo más sencillo. El no dejar nunca de reconocer una idea, ni confundirla con otra bajo ninguna circunstancia, por muy recóndita que sea la forma en que pueda presentarse, implica una fuerza y claridad de intelecto tan prodigiosas, como rara vez hallamos en el mundo. Por otra parte, el simple hecho de tener un conocimiento de la idea tal como para haberse fami-

lizarizado con ella y perdido toda vacilación para reconocerla en los casos ordinarios, difícilmente puede merecer el nombre de claridad de aprehensión, ya que, a fin de cuentas, equivale tan sólo a un sentimiento subjetivo de capacidad que puede ser enteramente equivocado. No obstante, considero que, cuando los lógicos hablan de *claridad*, se refieren tan sólo a semejante familiaridad con una idea, puesto que la consideran cualidad de tan escaso mérito, que necesita ser completada por otra a la que llaman *distinción*.

Una idea distinta es definida como aquella que no contiene nada que no esté claro. Éste es lenguaje técnico. Por *contenido* de una idea entienden los lógicos todo lo contenido en su definición; de modo que, según ellos, una idea es aprehendida *distintamente* cuando podemos dar de ella una definición precisa en términos abstractos. Aquí abandonan el tema los lógicos profesionales. Y yo no habría importunado al lector con sus dichos si no fuesen un ejemplo tan patente de cómo han estado dormitando a través de largas épocas de actividad intelectual, des- cuidando la estructuración del pensa-